

Menos humo y más Proust

Joana Bonet



A menudo entro en casas ajenas sin moverme de la mía. Algunas son catedrales, como solía referirse Proust a sus novelas; otras son piscinas en las que Paolo Sorrentino bucea entre el placer y la decadencia, pero también piso un felpudo en el que se lee la palabra *welcome*, el de un hombre cualquiera, invitada por la poesía de Manuel Vilas. Se está bien en esas casas donde vivo de prestado. Me permiten descubrir sus cortinas, sin saber aún en qué lugar me encuentro, para amueblarlo en tinieblas como tan precisamente ilustra Marcel Proust. Acaba de llegarme una cuidada edición de *Combray* (Nórdica), ilustrada por Juan Berrio, y, al leerla, me asalta de nuevo ese gran tema que atraviesa las páginas de *En busca del tiempo perdido*: los resortes de la memoria involuntaria –y la sabiduría de los sentidos–, capaz de devolvernos recuerdos vivos a través del perfume del té o al sabor de una magdalena.

Reviso la marca Proust hoy, y tan solo encuentro algunas pastelerías y perfumes, lo

que da muestra del impacto colosal que ha tenido en nuestra cultura el poder de la evocación a través del olfato y el paladar. Su nombre ha sido asociado a la elegancia, a un humor exquisito y a los salones mundanos, pero también a una concepción del arte como salvación: “la vida auténtica”. Le recomiendo a Oscar Tusquets *Siete conferencias sobre Proust*, de Bernard de Fallois (Ediciones del Subsuelo) y me recuerda cómo respondió a uno de sus detractores, el que afirmaba que *À la recherche...* era la peor novela de la historia: “¡Qué exageración!”.

En las casas de estos autores no hay necesidad de mentir. Hurgan entre los pliegues de

El abrigo de la cultura es real, pero en los programas políticos ocupa un lugar meramente decorativo

lo exquisito y lo salvaje explorando esquinas ocultas de la realidad. Cito a Proust, Sorrentino y Vilas, pero también podría detenerme en Virginia Woolf, Isabel Coixet y Joy Williams. Más allá del género, poseen formas ondulantes para atraer el mundo exterior hacia dentro, sin falsear. “Mi corazón es un escaparate lleno de baratijas de Oriente y Occidente / Mi corazón es una estepa rusa con ar-

mas automáticas”, escribe Vilas en *Una sola vida* (Lumen). Los artistas no son filósofos, aunque su función de asistencia social es incommensurable: nos ayudan a vivir.

¿Acaso no es la cultura el mayor reparador de la herida contemporánea? Expropiados de la predecible circularidad del tiempo –fragmentado por pandemias, sindemias y crisis–, y certificado el fraude de la meritocracia, nos agarramos a la tabla de la cultura, a pesar de que solo tenga un papel de figurante en el guion del mundo. Oirán sin cesar palabras como *sostenibilidad*, *diversidad*, *empoderamiento* o *digitalización*; son los valores que cotizan al alza, sobre todo en el mercado del marketing. Y, en cambio, ¿por qué se nos escamotean *cultura* o *creatividad*, si son de las escasas parcelas no *okupadas* por ese dictado social basado en el par poseer/aparentar?

La Feria de Frankfurt ha demostrado el vigor del libro de papel, que se daba por finiquitado. El abrigo de la literatura es real, igual que el de las demás artes: supone un 2,4% de nuestro PIB. Sin embargo, en los programas y agendas políticas ocupa un lugar meramente decorativo. Quizá esa sea la razón profunda del tropiezo de Feijóo con Orwell y su *1984*, o el de Sánchez, que confundió Nigeria con Senegal ante su propio presidente; ¡en Nairobi! Según la RAE, *cultura* se define como el “conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico”. Menos humo y más Proust. La cultura no es privilegio sino pegamento social.●

Joana Masdeu

Quim Monzó



La conocí hace lustros, al poco de haber acabado sus estudios en la Autónoma y yo todavía iba de copas a los bares de noche. La relación fue breve pero resplandeciente. “La tua pelle come un’oasi nel deserto ancora mi cattura”. Luego dejamos de vernos (de bebernos también) y ahora, con todo lo que ha pasado esta semana, me bombardean los recuerdos.

Nunca hablamos de ello, pero siempre pensé que su pasión por el periodismo le venía de familia. No en balde uno de sus tíos, Jaume Masdeu, se dedicaba, y se dedica aún. Creo que estaba enamorada de Ramon Barnils, de quien a menudo citaba una frase: “La política es demasiado seria para dejarla en manos de políticos”. Periodismo y política, su afición predilecta, y sin embargo hablábamos de Verlaine y de Ferrater: “Ho diré a l’inrevés. Diré la pluja / frenètica d’agost, els peus d’un noi / caragolats al fil del trampolí, / l’agut salt de llebrer que fa l’aroma / dels lilàs a l’abril”.

Después, la distancia. A dis-

Con todo lo que ha pasado estos días me bombardean los recuerdos

tancia he ido siguiendo su carrera, tan fugaz como fulgurante. Hasta que el miércoles, sin ningún aviso previo, desapareció de nuestras vidas. Ágil, incisiva, mordaz cuando hacía falta, y consciente de que la brevedad es inherente a todo buen comunicador.

Estés donde estés ahora, Joana, nunca dejarás de ocupar lugar preferente en mi altar personal, el de los periodistas cuyo contacto directo nunca me decepcionó. Junto a ti, Joana, está Dan Fawltly, de *The Dooganooga Daily*, a quien conocí en Bucarest durante la caída de Ceausescu, y aquel periodista italiano cuyo nombre desgraciadamente ahora no recuerdo. También lo conocí en Rumanía cuando él era corresponsal de *Il Cazzo di Rimini*. A ambos rendí homenaje en un libro, *Hotel Intercontinental*, que todavía ahora es materia de lectura en algunas prestigiosas facultades de periodismo. Qué fácil era inventarse historias cuando internet todavía no existía.●

APUNTES DEL NATURAL – JL MARTÍN



Hace un par de semanas dos personas de la organización Stop Oil entraron en la National Gallery de Londres para protestar contra la explotación de yacimientos combustibles fósiles en el Reino Unido. Llevaron a cabo una acción sobre una de las cinco versiones que Van Gogh hizo de unos girasoles. La obra estaba enmarcada y protegida por un cristal, así que la sopa de tomate que lanzaron sobre ella solo dejó algunas manchas en el marco. Después, las dos jóvenes pegaron sus manos a la pared y allí permanecieron hasta que fueron arrestadas y acusadas de daño y violación de la propiedad.

La burguesía internacional –la que sabe de la existencia del pintor y especula con el arte– se escandaliza, se lleva las manos a la cabeza y esgrime discursos indignados en defensa de la cultura. Y a una se le ocurre preguntarse qué girasoles inspirarían a Van Gogh si el artista naciera dentro de cien años

Girasoles con tomate

Flavia Company



y las cosas siguieran como hasta ahora, es decir, con un incremento salvaje y diario de la destrucción de nuestro planeta mediante los más perversos y descarnados sistemas de aniquilación.

Recuerdo uno de aquellos extensos discursos de Fidel Castro en donde el líder decía que la verdadera deuda no la tenían los países sometidos con los países poderosos sino, por el contrario, los países adinerados con los países explotados, justo porque en nombre del progreso los dueños del mundo estaban haciendo desaparecer la única riqueza de la casa de todos: la naturaleza. ¿Cómo van a devolver la pureza de los ríos contaminados, de los glaciares derretidos, de las especies extinguidas, del agua, del aire, de la vida?, se preguntaba el político cubano.

¿Qué se llevarían de un edificio que se estuviera incendiando? Hay quienes elegirían objetos considerados irremplazables (les parece irremplazable lo que tiene un alto precio y se puede vender). Y hay quienes –y celebro que muchos sean jóvenes– se han dado cuenta de que, a estas alturas, todo lo que tiene precio hace rato que dejó de tener valor. Y buscan la manera de decirlo, porque el planeta se está incendiando.●